

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 8 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 3 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 690.

EL REGULADOR

Fábrica de Joyería, Platería y Relojería

La mejor surtida en

JOYAS, RELOJES y OBJETOS para
REGALOS propios para el día de

SAN JOSÉ

RAMBLA DE LAS FLORES, 37, Y CARMEN, 1.

Crónica diaria.

Una conferencia de Arte.

Ayer mañana en la sala Museo de la Escuela superior de Bellas Artes, el ilustrado catedrático y crítico de Arte don Manuel Rodríguez Codolá, dió una conferencia sobre «Velázquez y sus maestros».

Esta conferencia fué la tercera de una serie que ha organizado la Asociación escolar artística y que titula de «extensión escolar».

La autoridad del conferenciante y el interés artístico del tema llevaron á la Escuela de Bellas Artes (Lonja) una selecta y numerosa concurrencia.

Valiéndose de proyecciones luminosas, el señor Rodríguez Codolá mostró al auditorio una serie de obras de los maestros de los siglos XVI y XVII, algunas de las cuales son, aun entre los artistas, poco conocidas, á la vez que explicó el proceso y desarrollo del arte pictórico entre aquel grupo de pintores sabios, maestros de Velázquez, que se llamaron Pablo de Céspedes, Francisco Pacheco y Herrera el viejo. La obra de los grandes maestros de los siglos XVII que con Domenicos, Theoto, Kopouelos (el Greco) encarna el aspecto místico de nuestro pueblo termina con Velázquez que fué la suprema expresión naturalista, y Rodríguez Codolá fué presentando todos aquellos aspectos. El del pintor de Felipe IV llevando en su alma el verdadero temperamento español y nuestro carácter étnico, avezado á ver la realidad y á contemplar las cosas tal como son.

Su desenvolvimiento desde el taller de Herrera el viejo, el primero que frecuentó. Luego, sus rápidas transformaciones con Pacheco, su segundo maestro, el cual, aunque educado en las corrientes manieristas italianas, no sólo fué apto para evolucionar hacia el naturalismo sino que llegó á tener conciencia de su misión como maestro.

Esplicó el conferenciante el desenvolvimiento de Velázquez después de su primer viaje á Italia y su estancia en Roma donde pintó *La Fragua de Vulcano* entre otros cuadros.

Es esta todavía la primera época, la del análisis; luego vino poco á poco la síntesis en las últimas obras: *Las Meninas*, *Las Hilanderas*, *El Bobo de Coria*, *Argos*, *La Venus del espejo* y el gran retrato del Papa Inocencio X.

Su época de los retratos llega con grandilocuencia suma y véñse pasar los personajes retratados por Velázquez con elegancia masculina y sobria, sin llegar á los afeminamientos de Van Dyck, ni á la ampulosidad de Rubens, ni á la cortesana artificiosa de los retratistas franceses del siglo XVIII.

El conferenciante presenta todas esas fases y el público se deleita en el recuerdo de aquel gran siglo de oro de la pintura, siendo calurosamente aplaudido al final el señor Rodríguez Codola.

Conferencias como esa son en extremo necesarias, no sólo para la educación de los grupos escolares, sino también para el grueso público, á quien falta mucho para apreciar debidamente los tesoros artísticos que tiene España y su historia artística.

Gacetilla.

Entre la infinita variedad de pescados traídos á tierra por las embarcaciones que se dedican á la pesca en San Sebastián ha llamado la atención un pez rarísimo que el vaporcito *Mamelena número 10* «sabió» en alta mar hace dos días.

Se trata de un pescado de 1'35 metros de longitud—sin contar la cabeza, que había sido cortada por uno de los tripulantes de aquel barco para conservarla como una curiosidad por su extraña conformidad—, está cubierto de una capa de pelo cerdoso, como el de un jabali; tiene una estructura muy semejante á la del bacalao por su relativa estrechez; pero es de mayor longitud que los ejemplares ordinarios de esta familia.

Presenta á cada uno de los lados del cuerpo una escama dura y compacta y el esqueleto forma un cuadrilátero, con espina dorsal blanquísima.

Y si, lector, dijeres ser como te lo contaron te lo cuento.

La Escuela especial de ingenieros industriales de Barcelona hace público que en cumplimiento del real decreto de 6 de Agosto de 1907 sobre enseñanza no oficial, estará abierta en secretaría durante los días hábiles de la primera quincena del mes de Abril próximo, de once á una, la matrícula para los alumnos que deseen probar en los exámenes del mes de Junio alguna de las asignaturas que comprende la carrera de ingeniero industrial, á cuyo efecto deberán dirigir las solicitudes al director, con arreglo al formulario impreso que se les facilitará en la misma secretaría, y demás instrucciones que se detallan en el cuadro de edictos de esta Escuela.

Leemos en un colega de sacristía:

Con la desaparición del andamiaje interior del cimborio de la catedral las naves han adquirido relieve por la luz cenital que reciben de los grandes ventanales policromos, aunque no basta para alumbrar el total del trascoro.

A fin de subsanar esta falta de luz se ha dispuesto abrir los ventanales tapiados recayentes á la calle de los Condes de Barcelona.

Las obras que también se efectúan para la instalación de la luz eléctrica se hallan bastante adelantadas. Se ha probado la instalación hecha en el coro y que, como las antiguas candelas, sirve sólo para alumbrar los breviarios de los capitulares.

También se han efectuado pruebas de las luces colocadas en las galerías superiores, que simularán hachones y que producen el efecto de la llama ordinaria.

Bolsin mañana.

Interior, 85'25 dinero; Nortes, 96'70 dinero; Alicante, 94'80 papel; Andaluces 64'70 dinero; Orenses, 25'65 dinero.

Noticia de los fallecidos los días 14, 15 y 16 de Marzo de 1912.

Casados 46	Viudos 21	Solteros 24	Niños 51	Abortos 40	Nacidos	} Varones 72 } Hembras 61
Casadas 39	Viudas 46	Solteras 20	Niñas 25			

De tuno á tuno.

—Es imposible. No creo que haya poder humano capaz de convencer á ese hombre de que únicamente debe concretarse á contestar á lo que le preguntan, ni obligarle á revocar absurdo de tamaña importancia.

El que de este modo se explicaba era un respetable señor, de noble aspecto y bondadoso carácter, harto por todos conocido en el ampuloso edificio destinado á la administración de justicia.

—Es más—siguió diciendo á su interlocutor, hombre pequeño y rechoncho que llevaba bajo el brazo enorme carpeta bien repleta de papelotes—, estoy en la creencia de que jamás han tenido talento suficiente para ponerse de acuerdo.

Apenas hube oído las últimas palabras, no quise oír más. Seguí pasillo adelante. Sabía de qué trataban y hubiera sido inútil esperar más.

Además, tan ruidoso fué el asunto en cuestión que no se necesitaba ser un genio, ni siquiera pasearse, como yo, cuarenta años entre la más esclarecida intelectualidad de toga y birrete para adivinarlo.

Los que de tal manera hablaban y que tanto llamaron mi atención eran el conocidísimo y activo magistrado señor X. y el no menos popular escribano señor Z. La causa, un robo célebre, que por las excepcionales condiciones en que fué cometido no tardó en llamar poderosamente la atención de cuantos tenían intereses que guardar y aun de aquellos que no los tenían, por la razón de que podían llegar á adquirirlos. «¡Es tan pródiga la esperanza!»

El suceso nadie lo ignora. Un millón robado. Trece detenidos. Un banquero en quiebra. Muchas familias apesadumbradas por la pérdida de sus modestos ahorros, no menos queridos por ser pequesísimos capitales.

En cuanto á los trámites no podían ser más curiosos é incidentados. Había, verdaderamente, para todos los gustos. Unos cómicos, otros serios, los más dramáticos; pero todos ellos infructuosos debido á la constante testarudez de Antonio Loro y sus dos compañeros de calabozo.

Eran éstos tres buenos sujetos. Los tres más ó menos complicados en el famoso robo; pero el que llevaba el peso de las acusaciones era Antonio, por el cargo de cajero que desempeñaba en casa del banquero cuya

quiebra había sembrado la desolación y la miseria en tantos humildes hogares.

Ya nadie en los anchos pasillos de la Audiencia ignoraba la testarudez de los acusados.

Por nadie era tampoco ignorada la firme insistencia del celoso funcionario encargado de la causa. Y era digno de ver cómo, cerrando el círculo, estrechaba y hasta ponía en aprieto á los procesados cuando los interrogaba....

Empero, no eran éstos gente que se acoquinaban por tan poca cosa. Listos, con cara de tontos. Habladores por excelencia y enredadores por naturaleza, habíanse propuesto acabar con la santa paciencia del instructor del sumario.

Habían unos y otro llegado al estado de tirantez en que el amor propio tiene interés en no ceder ni un ápice del terreno en que se halla colocado.

De nada servían ya las astutas y certeras preguntas del magistrado. De nada las continuas llamadas de los acusados ante su presencia y de nada las repetidas frases de ritual «Hagan ustedes el favor de volver á conducirlo al calabozo.»

De nada tampoco las reiteradas divergencias de los acusados. De nada el profundo mutismo en que se habían encerrado. De nada las frases incoherentes, ni la enredadas oraciones con que procuraban inútilmente convencer á su señoría. Ambos se habían tanteado y cada uno, seguro de la victoria del otro, continuaban firmes en la brecha y siempre dispuestos á la lucha que por naturaleza unos y por deber otro se habían trazado de antemano.

Ocho días llevaban así; uno acusando, los otros rehuyendo. Todo era continuo ir y venir del calabozo á la sala presidencial.

¡Cuántas emociones cada vez que nuevamente llegaba uno de los detenidos para volver á declarar!

—¡Ahora cantará!—decían unos.

—¡No es posible que resistan tanto!—agregaban otros, que no desconocían las materias y abrumadoras pruebas que los acusaban.

Ya en este punto las cosas no podían durar largo tiempo. Se imponía algo extraordinario que diera al traste con uno de los contrincantes. ¡Era preciso romper el hielo de la tirantez! Y esto no podía ser más que

por medio de un maestro golpe de mano asertadamente preparado...

Había llegado la hora... Dentro de poco iba á desarrollarse la escena que decidiría del nuevo curso de las cosas... Iba á librarse la batalla, cuya victoria sería definitiva.

¿Quién sería el campeón...?

¿Quién, después de la homérica lucha que caracteriza el deber y el instinto de libertad, ganaría el lauro de la victoria? Difícil empresa suponerlo. No podía deducirse.

Ambos por igual luchaban con las mismas armas. La astucia...

Todos los concurrentes al acto contenían la respiración para no perder ni un acento. Un sagrado silencio reinaba en la estancia, tanto más respetado cuanto más profundo era.

Ya un profano se disponía á deslucir tan emocionante momento, cuando una voz grave y sonora rasgó el tranquilo ambiente del espacio.

—Que entre el acusado Antonio.

Erguido, con aires de conquistador, la cabeza levantada y en son de desafío, entró Antonio en la sala, mirando á todos lados con aire de presuntivo triunfo. Diríase que aquella expresiva mirada era un reto lanzado á la concurrencia, que indirectamente terminaba en el sillón central del estrado.

Mientras el acusado permanecía, al parecer, indiferente, en el centro de la estancia, agregó, poniéndose en pie, el activo magistrado:

—Arturo queda en libertad—dijo dirigiéndose á los guardias que custodiaban al procesado Arturo, que acababa de declarar.

Y continuó dirigiéndose al oficial que actuaba:

—Puede usted leer la última declaración del acusado.

Acto continuo oyóse la voz grave y melodiosa del empleado que obedecía el mandato.

Después de musitar rápidamente, de un modo incomprensible, la introducción oficial, empezó á leer pausada y claramente...

“Y preguntado si era cierto que en el día señalado con el 19 de los corrientes había permanecido, como de costumbre, de las catorce á las dieciséis en el café Portorriqueño en compañía de los procesados Arturo y Aniceto, dijo que, en efecto, dichas dos horas había estado en el referido sitio y en compañía de los citados. Preguntado en dónde ha-

bía pasado el resto de la tarde hasta las veintiuna, manifestó que estas horas las había invertido en pasear á orillas de los pantanos conocidos por *Las Charcas* en compañía del antecitado Arturo hasta las veinte y media, que regresaron al pueblo, dirigiéndose cada uno á su domicilio. Enterándose luego del robo que motiva estas diligencias... Que lo dicho es la verdad en lo que se afirma, etc., etc.,”

—Lea usted la del procesado Arturo—ordenó de nuevo el representante de la ley, al mismo tiempo que una maliciosa sonrisa bullía por escaparse de sus labios...

Por el rostro del procesado vióse imperceptiblemente cruzar una ráfaga de duda. Dos ligeras arrugas reflejaronse un instante en su rostro; después... la misma corrección en las facciones. La misma impenetrable pasividad que le caracterizaba.

“...Y preguntado—volvió á leer el oficial—si resultaba ser cierto haber pasado las cinco horas que median de las 16 á las 21 en compañía del procesado Antonio á orillas de *Las Charcas*, dijo—Que no era cierto. Que éstas las había pasado en el vecino lugar de Valcorcon de Abajo cazando con su cuñado y su tío, llamados respectivamente Julián Aguafuerte y Estanislao Corduña,,

Y tras una breve pausa agregó:

“Diligencia... Y resultando ser cierto cuanto el acusado manifestó, plenamente comprobado, el ilmo. señor juez instructor de esta causa decreta la libertad del antedicho Arturo, á los efectos de justicia... etc., etc.,”

Un breve silencio invadió la sala.

El representante de la ley, puesto en pie, con las manos apoyadas sobre la mesa, el cuerpo inclinado hacia delante y la misma sarcástica sonrisa que antes se observara en sus labios, dijo, dirigiéndose al procesado

—Recuerde, haga memoria el acusado si en el día 19 y horas de 16 á 21 estuvo en otro sitio... ¿No volvió usted otra vez al café citado y allí se reunió con dos sujetos más?

Algo extraño cruzó rápido como el relámpago por el semblante de Antonio.

Algo negro debió ver en la libertad de Arturo, cuando, por toda respuesta, pronunció, dirigiéndose á los guardias que lo custodiaban, las tantas veces repetidas frases de ritual:

—Hagan ustedes el favor de volverme á conducir al calabozo...

L. ALCAIDE.

Un gato sarnoso.

Un gato viejo, sarnoso, echado de la casa por sus dueños, se había establecido en la calle, en la acera de nuestra casa, en donde un rayo de sol de Noviembre podía calentarlo aún. Es costumbre de algunas personas de piedad egoísta de enviar así á «perders», lo más lejos posible, á los animales á quienes no quieren ni cuidar ni ver sufrir.

Todo el día lo pasaba lastimosamente sentado en el marco de alguna ventana, con el aspecto más desgraciado y humilde. Objeto de disgusto para los que pasaban, amenazado por los muchachos, por los perros, en peligro perpetuo, más enfermo hora por hora, viviendo sabe Dios con qué despojos recogidos penosamente en el caño; arrastraba allí solo su vida, prolongándola como podía, esforzándose para retardar la muerte. Su pobre cabeza estaba corroída de sarna, llena de costras y casi sin pelo; pero sus ojos, todavía hermosos, parecían pensar profundamente.

Debía sentir en toda su espantosa amargura el sufrimiento, el último de todos, de no poder hacerse su *toilette*, alisarse la piel ni peinarse, como hacen todos los gatos con tanto cuidado.

¡Hacerse su *toilette*! Yo creo que para los animales, así como para los hombres, es esa una de las distracciones más necesarias de la vida. Los muy pobres, los muy enfermos, los muy decrepitos, que á ciertas horas se componen un poco y tratan de arreglarse todavía, no lo han perdido todo en la vida. Pero no cuidar más de su finura, porque ya no hay verdaderamente nada más que hacer antes de la podredumbre final, me ha parecido siempre el último grado de todo, la miseria suprema. ¡Ah de los viejos mendigos que ya tienen antes de la muerte tierra é inmundicias en la cara, de los seres carcomidos por lepra visible que ya no pueden lavarse, de los animales sarnosos que no inspiran ya ni piedad!

Me daba tanta lástima ver ese gato abandonado que, después de haberle mandado de comer á la calle, llegué un día á aproximarme y á hablarle cariñosamente. Yo sé que los animales llegan muy bien á comprender las buenas palabras y encuentran en ellas consuelo y esperanza. Pero la experiencia de ser siempre maltratado tuvo al principio miedo de verme detener cerca de él; su pri-

mera mirada fué de desconfianza, llena de reproches y de súplicas.

—¿También usted viene á echarme de este último rincón de sol?

Pero comprendiendo pronto que yo me le había acercado por simpatía, y, sorprendido de tan buena fortuna, me dió su buena y cordial respuesta de gato.

—¡Trrr! ¡Trrr! ¡Trrr!—levantándose por cortesía y aun tratando de hacer todavía el arco, á pesar de sus úlceras, en la esperanza de que quizás yo llegaría á hacerle alguna caricia.

No, mi piedad, única en el mundo que existía para él, no llegaba hasta allá. El placer de ser acariciado no volvería á experimentarlo jamás. En compensación, se me ocurrió quitarle la vida inmediatamente, con mi propia mano y de una manera casi agradable.

Una hora después (eso pasaba en la pesetería, en donde Silvestre, mi criado, que venía de comprar el cloroformo, le había decidido á acostarse sobre el heno caliente, en el fondo de un gran cajón que iba á ser su cámara mortuoria) hacíamos nuestros preparativos, que en nada lo inquietaban.

Habíamos enrodado una tarjeta de visita en forma de cartucho, como había yo visto hacer á los cirujanos en las ambulancias. El infeliz gato nos miraba con aire confiado y contento, creyendo haber encontrado al fin una cama y una persona que le tuvieran compasión, nuevos amos que lo recogieran.

Yo me había inclinado á hacerle cariños, á pesar del horror á su enfermedad, y había recibido de manos de Silvestre el cartucho de cartón empapado en la sustancia mortal. Acariciándolo siempre, traté de hacerlo permanecer allí quieto y de introducirle poco á poco la punta de las narices entre ese cartón adormecedor.

Algo sorprendido al principio, rechazaba con cierto espanto ese olor desconocido; sin embargo, acabó por someterse de modo tan sumiso, que vacilé en continuar mi obra. El anonadamiento de un ser viviente, tanto como el de un hombre, tiene por qué impresionarnos; cuando pensamos en ello encontramos siempre el mismo terrible misterio. La muerte trae consigo tanta majestad que es capaz de engrandecer por un instante de inesperado modo las más insignificantes escenas desde que su sombra se halla próxima á

aparecer. En aquellos momentos me parecía ser uno de aquellos magos fánebres que se arrojan el derecho de dar á los que sufren lo que ellos juzgan ser la paz suprema, el derecho de abrir á aquellos que no lo han pedido todavía las puertas de la eterna noche...

Por una vez levantó para mirarme fijamente su pobre cabeza, pronto muerta; nuestras miradas se cruzaron; la suya interrogadora, expresiva, con intensidad extrema preguntándome:

—¿Qué me estás haciendo? Tú, en quien he confiado y á quien apenas conozco, ¿qué me estás haciendo?

Yo vacilaba; pero su cuello se dobló, su pobre y repugnante cabeza se apoyó ahora en mi mano, que no retiré; el aniquilamiento le sobrevino á pesar suyo y yo esperé que ya no me volviera á mirar.

¡Y, sin embargo, aún me miró una vez! Los gatos, como dice la gente sencilla, tienen siete vidas. En un postrer sobresalto de la vida, se fijó en mí de nuevo, á pesar de su sueño mortal, y parecía haber comprendido ahora todo:

—¿Luego es para matarme decididamente?... Y, tú lo ves, yo me dejo... Es demasiado tarde... En fin, me duermo...

En verdad, tuve miedo de haber cometido en error. En este mundo, en donde no sabemos nada de nada, no nos es siquiera permitido tener piedad de una manera inteligente.

Su mirada, infinitamente triste, cristalizándose en la muerte, me perseguía como un reproche:

—¿Por qué has llegado á intervenir en mi destino? Sin tí yo hubiera podido rodar algún tiempo más, vivir, aunque sólo hubiera sido por una semana más. Aun me quedaban bastantes fuerzas para permanecer sobre el poyo de tu ventana, en donde los perros no me atormentaban mucho, en donde no sentía mucho frío. Por las mañanas, sobre todo, cuando el sol daba allí, pasaba algunas horas casi soportables, mirando en torno mío el movimiento de la vida, interesándome en las idas y venidas de los otros gatos, en tener aún conciencia de algunas cosas, mientras que ahora voy á descomponerme para siempre en qué sé yo que otra cosa que no tendrá recuerdos; ahora "yo no seré más nada."

Yo he debido pensar, en efecto, que aun en último estado de aniquilamiento se desea prolongar la vida por todos los medios hasta los límites más miserables, prefiriendo cualquier cosa al terror de no ser nada, "de no ser ya..."

Cuando volví por la tarde á verlo lo encontré rígido y frío, en la postura del sueño en que lo había dejado. Entonces ordené á Silvestre que cargara el canasto mortuorio y lo arrojara lejos de la ciudad.

PIERRE LOTI.

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales. Madrid, provincias y extranjero.

Naufragio.

Madrid, 17 Marzo.

Ceuta.—Ha naufragado el vapor alemán *Arenfels*.

Desplazaba 11,000 toneladas, procedía de Bombay y Portsaid, llevaba cuarenta y seis días de navegación y conducía á Hamburgo 6,000 toneladas de arroz.

Hallábase frente á Punta Serich cuando fué envuelto por una cerrazón que le obligó á refrenar la marcha y la corriente lo arrastró, echándole contra los peñascales de la bahía de Almansa, á doce kilómetros de Ceuta.

En el momento del encallamiento se abrieron varias vías de agua que inundaron el buque y la tripulación, compuesta de sesenta y tres indios negros, organizó las operaciones de salvamento.

Muchos tripulantes, creyendo que el buque se hundía, se echaron al mar de cabeza.

Se desarrollaron escenas horribles.

Todos querían ganar los botes y el capitán encarecía serenidad á la tripulación.

Algunos botes llegaron á la orilla.

El último, en que iban el capitán y tripulantes, fué arrojado por las olas contra las rocas, pereciendo el primer oficial y el contramaestre.

El capitán Nhels logró salvarse.

El buque pertenece á la Compañía Janssa de la matrícula de Bremen.

Los naufragos recibieron los primeros auxilios de los moros de Almansa.

Cuestiones obreras.--De Palma.

Ciudad Real.—En las minas de Puertollano se trabaja con bastante regularidad. Ha llegado el gobernador y mucha guardia civil. El gobernador, después de visitar á las víctimas del atentado, presidió la sesión del Ayuntamiento, tomándose importantes acuerdos. Se han practicado cinco detenciones.

La Sociedad La Precisa ha convocado para un mitin monstruo. Créese que el gobernador no lo autorizará.

Palma.—En el correo de Barcelona llegó el general Weyler.

Precedente de Argel ha llegado el vapor alemán *Meteor*. Conduce 500 turistas. Han visitado la isla.

Más huelgas.--De Bilbao.

Cádiz.—Los obreros de la bahía han celebrado una reunión, acordando declarar la huelga y permanecer firmes en sus pretensiones hasta conseguir el aumento de jornal los estivadores, carboneros y balandreras.

Sevilla.—Han celebrado un mitin monstruo los obreros huelguistas, asistiendo delegados de todos los gremios. Se manifestaron opiniones muy divididas entre los huelguistas.

San Sebastián.—La huelga de pintores sigue en el mismo estado. Han sido detenidos dos huelguistas por ejercer coacción sobre sus compañeros.

Bilbao.—La joven Escolástica Arzabieta, que se dirigía desde el pueblo de Erandio al de Mungüía, le robó un enmascarado la cantidad de 400 pesetas, que llevaba.

Ha fallecido Manuel González, víctima de la colisión entre socialistas y católicos.

Una Comisión de socialistas visitó al gobernador para solicitar el entierro civil en señal de protesta. El gobernador negó la autorización.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Buena cosecha.

Buenos Aires, 17 (3'2)

La valoración oficial de la cosecha es de 4,610,900 toneladas de trigo, 595,004 de lino y 877,500 de avena. La cosecha, aunque menos importante de lo que se creía, es superior á la de los años anteriores.

Turquía é Italia.

Constantinople, 18 (1'22).

Se asegura por persona autorizada que en el Consejo de ministros celebrado ayer la Sublime Puerta encargó á sus embajadores que declarasen á las potencias que las condiciones italianas relativas á la paz son inaceptables.

Las leyes electoral y monetaria.

Santiago de Chile, 18 (8'7).

En la reunión que tuvieron ayer el ministro del Interior y los jefes de partido se pusieron de acuerdo sobre las reformas que van á someterse á las Cámaras durante la sesión extraordinaria que se celebrará á principios de Abril. Las reformas son relativas á la ley electoral y á la ley monetaria; esta última autorizará al Banco para emitir papel moneda mediante depósitos en oro en las cajas fiscales.

La Prensa francesa.

Paris, 18 (7'9).

El *Gil Blas* cree saber que el Gobierno considera provisionalmente rotas las negociaciones, habiéndose dado órdenes para la ocupación inmediata de Marruecos.

Le *Journal* dice que no hay tal ruptura. Francia podría renunciar Cabo de Agua.

manteniendo sus otras proposiciones como *minimum intangible*; pero no puede organizar sola Marruecos. Con España el protectorado será difícil; sin ella es imposible. Se impone, pues, un acuerdo y es preciso actuar sobre el centro de las resistencias, el cual no es Madrid.

Le Figaro.—Lo que dice Jaurès,

Paris, 18 (6'65).

Le Figaro pretende que el Gobierno se preocupa de la elección del futuro ministro residente en Marruecos.

En *L'Humanité* condena Jaurès las violaciones francesas al tratado de 1904. Declara que es de locos el querer reñir con España y organizar el protectorado sin ella

ULTIMOS PARTES.

La Gaceta.—Llegada de los reyes.—Pi y Arsuaga grave.

Madrid, 18 Marzo (10 mañana).

La Gaceta no publica ninguna disposición de interés general, particular, ni local.

A las nueve de la mañana han llegado, procedentes de Alicante, los reyes, el presidente del Consejo, el ministro de Marina y demás personas de su séquito y acompañamiento.

Esta mañana se ha agravado considerablemente el secretario del Congreso y diputado republicano señor Pi y Arsuaga. Le dió un colapso.

Las últimas noticias que se tienen de su casa son pesimistas, temiéndose un triste desenlace.

Sobre la causa del corneta.

Vitoria.—A las ocho de la noche regresó á Bilbao el auditor portador de la sumaria instruida contra el corneta León Esteban. Hay gran impaciencia por conocer el resultado.

La orden de la plaza se anunció para las once, pero á la una de la madrugada todavía no se había repartido, en espera de instrucciones de Madrid.

Todos los Centros y Sociedades han recabado telegráficamente el indulto, suponiendo que el corneta ha sido condenado á muerte.

Los infantes Alfonso y Fernando á España:

Mejilla.—A las cinco de la tarde embarcaron en el vapor correo *Antonio Lázaro* los infantes Fernando y Alfonso y el agregado militar bávaro. En el muelle, donde un piquete rindió honores á los infantes, fueron despedidos por los generales Aldave, Arizón, Ramos, Jordana, Larrea y otros y representantes de todos los cuerpos de la guarnición. El infante Alfonso no pensaba regresar á España hasta Abril; pero en vista de la marcha de don Fernando, se decidió á acompañarle.

Muerte de un bandido.

Mejilla.—La noche anterior fué muerto en Zeluán por nuestras tropas el célebre bandido Ulali, que constantemente tenía en jaque á los indígenas partidarios de España, quemándoles los aduanares. Había cometido numerosos robos y asesinatos.

A las nueve y media de la noche un numeroso grupo de moros se acercó hasta la avanzada de los Destiladores y consiguió pasar el río. Un centinela que advirtió la presencia del enemigo, le dió el quié vive, que fué contestado por una descarga cerrada. La guardia contestó al fuego, se entabló un ligero tiroteo, el cual no pudieron resistir los cableños. Estos se fueron retirando poco á poco y repasaron el río.

El jefe del destacamento salió á la parte exterior y se puso al habla con el sargento que mandaba á los soldados á quienes se atacó en los desfiladeros.

El sargento informó á su superior de cuanto ocurría, pero hubo necesidad de interrumpir la conversación por la persistencia del fuego enemigo.

El jefe ordenó al sargento que continuase la defensa del fuerte, como así se hizo sin novedad.

Al hacer luego el reconocimiento, á 70 metros de la avanzada apareció un cadáver moro, que, reconocido por la policía, resultó ser el célebre bandido Ulali. Tenía una canana nueva con 25 cartuchos.